

de la bella, de la casta reina de Inglaterra.—Como veis, la comedia no está sólo en el teatro; los grandes y la reina misma se hacen actores. Las exigencias de la imaginación son tan vivas, que la corte se convierte en escena. Bajo Jacobo I, la reina, las principales damas y los primeros nobles, representaban todos los años, el día de Reyes, una ópera llamada *Masque*, especie de alegoría entreverada de bailes, realizada por decoraciones y trajes resplandecientes, y de cuyo esplendor sólo pueden dar idea los cuadros mitológicos de Rubens. «Lores vestidos al modo de las estatuas antiguas, ostentando en la cabeza coronas persas, con espirales de oro hacia dentro, y ceñida la frente con una tira de gasa encarnada y plata; la casaca de tisú encarnado de plata, cortada de suerte que dibujase el desnudo, al modo de la coraza griega, ajustada al pecho por un ancho cinturón de tisú de oro bordado, que se abrochaba con joyas; los mantos de seda, unos de color azul celeste, otros de color de perla, otros de color de fuego ó bronceados (1); las damas con cuerpo de tisú blanco de plata, donde se veían bordados pavos reales y frutos; por debajo, una vestidura suelta, fruncida, de fondo encarnado, listado de plata, dividida por una cintura de oro; y, bajo ésta, otra vestidura flotante de tisú azulado de plata, con galón de oro; sus cabellos recogidos negligentemente bajo una rica y preciosa corona, adornada de finos diamantes; encima un velo transparente que bajaba hasta el suelo; su calzado azul celeste y oro guarnecido de rubíes y de diamantes.» Resumo la descripción, que se asemeja á la de los cuentos maravillosos. Pensad que todas esas

(1) Sacado de las *Masques*, de Ben-Jhonson, *Masque of hymen*, 76. Ed. Gifford, tomo VII.

galas, ese fulgor de las telas, esa irradiación de piedras preciosas, ese esplendor de las carnes desnudas, se exhibían diariamente en las bodas de los grandes, á la vez que se oían los acentos atrevidos de un epitalamio pagano. Pensad en los festines que introducía entonces el conde de Carlisle, donde se servía una mesa llena de selectos manjares, de lo supremo que podía alcanzar el hombre, para desecharla en seguida, y sustituirla por otra análoga. Esa prodigalidad de magnificencias, esas locuras suntuosas, ese desenfreno de la imaginación, esa embriaguez de los ojos y de los oídos, esa ópera representada por los jefes del reino, denuncian, como la pintura de Rubens, de Jordaens y de la Flandes contemporánea, un llamamiento tan franco á los sentidos, un retorno tan completo á la naturaleza, que no puede figurarse nuestra fría y triste edad (1).

III

Explayarse, satisfacer el corazón y los ojos, lanzar audazmente por todos los caminos de la vida la jauría de los apetitos y de los instintos: he ahí, pues, la necesidad que aparece en las costumbres. Inglaterra no

(1) Así ciertas cartas privadas describen la corte de Isabel como un sitio donde había «poca piedad y práctica de la religión, y donde reinaban en el más alto grado toda clase de enormidades».

es aún puritana. Es «la alegre Inglaterra», *merry England*, como se dice entonces. Todavía no se ha atiesado y regularizado. Se dilata amplia, libremente, y goza en verse así. No es sólo en la corte donde se encuentra la ópera, sino también en la aldea. Allí van compañías ambulantes y, en caso preciso, las suple la gente del país; Shakespeare vió, antes de pintarlos, carpinteros, remendones de fuelles (1), patanes, que hacían los papeles de Piramo y Tisbe, que representaban el león rugiendo lo más suavemente posible y figuraban la muralla extendiendo la mano. Toda fiesta es un *pageant* donde hacen de comparsas burgueses, obreros, niños. Tienen instinto de actores. Un alma henchida y juvenil no expresa sus ideas con razonamientos; las representa y las figura: tal es el verdadero y el primer lenguaje, el de los niños, el de los artistas, el de la alegría y la invención. De ese modo se solazan con cantos y festines en todas las fiestas simbólicas de que han poblado el año las tradiciones (2). El domingo siguiente á la noche de Reyes los labradores se presentan en las calles con las camisas sobre la ropa exterior, adornados de cintas, arrastrando un arado al son de la música y bailando la danza de las espadas; otro día hacen una figura de espigas, y la pasean en un carro, en medio de canciones, y al son de tambores y caramillos; otra vez toca el turno á Navidad y su compañía; ó bien al árbol de Mayo, alrededor del cual se representa la historia de Robin Hood, el valiente cazador furtivo, y la leyenda de San Jorge, que derriba al dragón. Se necesitaría medio volumen

(1) *Midsummer Night's Dream*.

(2) Natham Drake, *Shakespeare and his times*, capítulos v y vi.

para describir todas esas fiestas, la de la Siega, la de Todos los Santos, la de San Martín, la del Esquileo, y, sobre todo, la de Navidad, que duraba doce días, y á veces seis semanas. Comen y beben, andan de franquela, bullen y se agitan, abrazan á las muchachas, repican las campanas, se hartan de ruido: rudas bacanales en que se desenfrena el hombre, y que son la consagración de la vida natural; no se engañaron en eso los puritanos.

•Primeramente, dice Stubbs (1), se reúnen todas las cabezas desatadas de la parroquia; eligen un gran capitán con el título de príncipe del desorden, y después de coronarle solemnemente, le toman por rey. Este rey, una vez consagrado, escoge veinte, cuarenta ó cien troneras como él, que hacen el servicio cerca de su majestad soberana... Tienen sus caballos de palo, sus dragones y otras paparruchas, con sus livianos flautistas y sus tambores atronadores para animar la danza del diablo. Después, esa pandilla de paganos se dirige hacia la iglesia y el cementerio al son de flautas y tambores, bailando, sonando sus campanillas, agitando los pañuelos como locos por cima de sus cabezas, mientras los caballos de palo y otros monstruos escaramucean al través de la muchedumbre. Y de esa suerte van á la iglesia como verdaderos demonios, en medio de tal confusión de ruidos que no hay hombre que pueda oír su propia voz. Luego las cabezas sin seso miran, se emboban, hacen visajes, se suben á los bancos para ver esa bella ceremonia. Después van y vienen por la iglesia y por el cementerio, donde tienen comúnmente sus glorietas, sotillos, plazuelas de verano y casas de festín, donde andan de

(1) Stubbs: *Anatomy of abuses*.

broma, de banquete y de baile todo el día, y á veces toda la noche. Y así pasan esas furias terrestres su sábado. Otra especie de locos llevan á esos perros del infierno (quiero decir el príncipe del desorden y sus cómplices) pan, buena cerveza, queso añejo, queso fresco, tortas, tartas, nata, carne, ya una cosa, ya otra.

«En la fiesta de Mayo, dice en otra parte, se reúnen los hombres, mujeres y niños de cada parroquia, ciudad ó pueblo; se van al bosque... donde pasan la noche divirtiéndose, y por la mañana traen ramas de abedules y de otros árboles, y sobre todo su joya más preciosa, el árbol de Mayo, que llevan reverentemente con veinte ó cuarenta pares de bueyes, á cuyos cuernos atan hermosos ramos de flores... Plantan ese Mayo, ó, más bien, ese repugnante ídolo; siembran de flores el césped del contorno; instalan en derredor cenadores y plazoleas de follaje, y saltan y bailan, comen y se regodean, como los paganos en la dedicación de sus ídolos... De cada diez doncellas que van al bosque esa noche, nueve vuelven embarazadas.» «...El martes de carnestolendas, dice otro, al son de la campana, millares de personas se vuelven locas, y olvidan todo decoro y toda sensatez... En esas execrables pasatiempos tributan homenaje y sacrificio al diablo y á Satán.» En efecto (1): se lo tributan á la naturaleza, al antiguo Pan, á Freya, á Hertha, sus hermanas, á las antiguas divinidades teutónicas conservadas al través de la Edad Media. En este instante, en medio de la decadencia pasajera del cristianismo y del súbito

(1) *Hentzner's Travels in England.*

Opina que la figura que llevaban en carro en la fiesta de la siega era la de Ceres.

desarrollo del bienestar corporal, el hombre se adora á sí propio, y no queda vivo en él más que el pagano.

IV

Para concluir, ved qué camino toman las ideas á la sazón. Algunos sectarios, sobre todo de la clase media y del pueblo, se desojan tristemente sobre la Biblia. Pero la corte y las personas del mundo buscan sus preceptores y sus héroes en Roma y en la Grecia pagana. Hacia 1490 (1) se empiezan á leer nuevamente los clásicos; uno tras otro se traducen, y no tarda en estar de moda leerlos en el original. Isabel, Juana Grey, la duquesa de Norfolk, la condesa de Arundel, muchas damas leen corrientemente á Platón, á Xenofonte y á Cicerón, y se deleitan con esa lectura. Poco á poco, por un progreso insensible, el hombre se eleva hasta la altura de los grandes y sanos espíritus que quince siglos atrás habían manejado sin rebozo todas las ideas. No entiende sólo su lengua, sino su pensamiento; no repite ya una lección suya, sino que sostiene una conversación con ellos; es su igual, y sólo en ellos encuentra espíritus tan viriles como el suyo. Porque no son ergotistas de escuela, compiladores mise-

(1) Warton, tomo II, § 4; tomo III, § 1.

Antes de 1600 están traducidos en inglés todos los grandes poetas de Grecia y de Roma; de 1550 á 1616 se traducen todos los grandes historiadores. En 1500 Lilly enseña el griego públicamente por primera vez.